

Introducción

ERAN las dos de la madrugada del verano de 1991, cuando la vida de Shaka Senghor cambió. Tenía 19 años y acababa de matar a un hombre. Lo cuenta el mismo en sus memorias, *Writing my Wrongs*, en una conferencia *TED*, *Why your worst deeds don't define you*, y allí donde le quieran invitar. Su historia, alejada de nuestra vida ordinaria, contiene tres elementos que nos resultan familiares: arrepentimiento, reconciliación y reparación. Tenemos bastante en común con él y podemos aprender de su testimonio personal. Sí, podemos aprender del testimonio de un traficante de drogas, que a los 14 años se escapó de casa, del testimonio de un miembro del *Director's Fellows Program* del *MIT Media Lab* y del testimonio de un padre de familia al que una carta de su hijo le cambió la vida. Porque todo eso es nuestro primer invitado a este foro.

Digo nuestro primer invitado, porque a lo largo de este libro pretendo dar voz a otras personas: serán nuestros invitados para hablarnos de ética. Entablaremos un diálogo con ellos porque la ética no es solo una cuestión normativa o subjetiva, sino que reclama una perspectiva de la segunda persona: la ética es cosa de otros. Cuando se estudia el comportamiento humano el acento se pone

o bien en la dimensión objetiva de la ética profesional o bien en la dimensión subjetiva de la moral personal. Pero ¿no se nos queda algo en el tintero? Diría que sí, diría que nos hemos olvidado de la dimensión intersubjetiva de la búsqueda de la verdad y del bien con la ayuda de otros. Si es que todavía creemos en esos conceptos. ¿Verdad, bien, otros? ¿Pero esto no va de decisiones personales libres? Sí, también. Pero no es solo eso.

Nuestra cultura ha perpetuado en el imaginario colectivo una división entre ética y moral. La primera respondería a las reglas que conforman nuestra sociedad: aquellas que nos dan el marco de convivencia pacífico, las de “mi libertad llega hasta donde llega la libertad del otro”. La segunda daría razón del ejercicio *genuino* de la libertad en el que “cada uno tiene su moral y todas son igual de buenas”. Por lo menos en cuanto que son mías y manifiestan mi autenticidad.

Anticipo ya que en la *pars destruens* de este ensayo intentaré rebatir esas conceptualizaciones, no porque me parezcan malas, sino porque me parecen insuficientes. Al separar la ética de la moral, la dimensión objetiva de la subjetiva, la perspectiva de tercera persona de la de primera persona, se ha atomizado la unidad del obrar humano. Se le ha desprovisto de vínculos esenciales y se han roto las relaciones que sitúan el obrar humano en su auténtico *ubi*. No se trata de un obrar individual donde *yo* y el *mundo* somos los únicos interlocutores válidos. Como si yo fuese un espíritu puro que en nada o poco se mezcla con el mundo, salvo como elemento negativo que me limita o como lienzo en el que proyectar mi propio ser. Como si mi cuerpo no me ubicase en una red de relaciones que me constituyen.

El enfoque previo no solo ha separado al yo del mundo, sino que lo ha desprovisto de los otros. No es que los otros no importen, sino que parece que la dimensión relacional “yo-otros” no tiene más calado que la de “yo-mundo”. Parece que con el “yo soy

yo y mis circunstancias” de Ortega y Gasset, nos hemos olvidado de la segunda persona, de la dimensión intersubjetiva, del aspecto relacional. Todo se ha sustantivado, individualizado, objetivado y subjetivado, en favor de una autonomía personal desprovista de vínculos. Con ello se han cortado las raíces, se han arrancado las hojas y se ha tapado el sol de la auténtica vida. ¿Quiénes somos sin unos interlocutores?

Este diagnóstico no es mío. Hay autores por doquier que agudamente lo señalan. Algunos, sin embargo, caen en una ética de mínimos o en una ética del consenso donde lo importante es ponernos de acuerdo en las reglas que nos van a regir. Estos autores recuperan al otro, sí, pero no como alguien que me potencia sino como alguien con el que me tengo que llevar bien para que los dos salgamos ganando. Lo que pretendo subrayar en mi enfoque es que, para contribuir a restaurar el equilibrio perdido, necesitamos subrayar con fuerza las dimensiones objetiva, subjetiva e intersubjetiva de la ética-moral.

Siempre me ha gustado cuestionar qué le falta a una explicación para que sea más rica y descubrir aquello que debería estar presente. De ahí que considere el diálogo y la complementariedad de las ideas como un gran valor. Una complementariedad que enriquece y no resta, porque no es yuxtaposición de enfoques sino integración de conceptos clave que resalta lo que cada visión aporta. De ahí que piense que la auténtica dimensión dialógica de la ética pone de relieve tanto la dimensión reflexiva del acceso personal a la ética como la objetividad de esta última.

Si no hay diálogo sobre la verdad ética objetiva, sino mero consenso, la dimensión normativa de la ética pierde fuerza. No hay cómo fundamentarla más allá del recurso a la opinión mayoritaria, siempre moldeable por quien ostenta el poder. El resultado es que hay que imponerla más por la fuerza de la presión mediático-social que por la capacidad de convicción de los argumentos. El diálogo

sobre la verdad es lo que hemos perdido, porque al no creer en la verdad, tampoco creemos en el diálogo. Somos más idealistas que realistas, más hegelianos que aristotélicos, más nietzscheanos que socráticos.

Salvo breves alusiones puntuales, voy a pasar de puntillas sobre las valiosas filosofías que nos han precedido hasta ahora. Uno tiene que escoger sobre qué escribir y en mi caso he decidido entrar en diálogo con mis contemporáneos. Este es el método escogido. Sin duda, se me podrá decir que esto o aquello ya lo había observado este o aquel autor, quien además lo explica mucho mejor. Concedido. Pero es que no me interesa hacer historia de la ética, sino que se aprenda a vivir éticamente. Una ética que consiste en *hacer*, no en *saber* o *saber hacer*. Una ética que se puede *enseñar* y aprender.

Dicho esto, la estructura del libro es como sigue. Primero veremos cuál es la perspectiva de la ética-moral, cuáles son los presupuestos filosóficos de los que partimos y quién es el agente cuyo obrar vamos a estudiar. Es decir, veremos algunas bases gnoseológicas desde las que enfrentar nuestra empresa. Después abordaremos la noción de ética para finalmente centrarnos en dos fundamentos necesarios de la acción ética: la posibilidad de conocer la verdad y el reconocimiento de la dignidad humana. Con solo esas dos coordenadas se puede evaluar bastante bien un comportamiento ético: ¿Qué es lo que verdaderamente estoy haciendo tanto objetiva como subjetiva e intersubjetivamente? ¿Ese comportamiento potencia tanto mi dignidad como la de los demás implicados? Para reconocer la verdad ética y para vivir con dignidad ética necesitamos de los demás: porque la ética es cosa de otros.